

JOSÉ SÁNCHEZ PAREDES y MARCO CURATOLA PETROCCHI  
Editores



## Capítulo 9



# LOS ROSTROS DE LA TIERRA ENCANTADA

Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo

Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

*Los rostros de la tierra encantada: religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.*

José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

© José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS-MAE

Av. Arequipa 4500, Lima 18, Perú

Teléfono: (51 1) 447-6070

Fax: (51 1) 445-7650

postmaster@ifea.org.pe

www.ifeanet.org

Este volumen corresponde al tomo 304 de la Colección «Travaux de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 0768-424X)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, junio de 2013

Tiraje: 600 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-35-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-06874

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300246

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## EL ZAPATERO MESIÁNICO. HAGIOGRAFÍA DE EZEQUIEL ATAUCUSI

*Arturo de la Torre López*

Universidad de Alicante

La mañana del 3 de junio de 1741 dos negros fugitivos aparecieron en las misiones de La Sal y Pichana, en el Perené. Confundidos y asustados informaron a los religiosos que un indio, pretendiendo recuperar la *corona* que Pizarro quitó a su padre, estaba levantando a todas las poblaciones nativas de la selva. Durante los siguientes diez años, Juan Santos —ese era el nombre del recién llegado— puso en serios aprietos a las autoridades españolas. El extraño personaje, que se presentaba como encarnación del Espíritu Santo, fue tan escurridizo para las fuerzas militares coloniales como para los cronistas y, a lo largo de la década que duraron sus acciones, apenas se pudo recoger una breve descripción física del caudillo y una frase que podamos atribuirle con alguna certeza.

Casi doscientos años después de estos episodios y en el mismo escenario, otro singular personaje —Ezequiel Ataucusi Gamonal— va a hacer su entrada en la historia. Al contrario de lo ocurrido con Juan Santos, el volumen de información que de este segundo tenemos es infinitamente superior. No solo influye en ello la contemporaneidad de Ataucusi, también el interés que suscitó el movimiento que llegaría a fundar: la «Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal» (AEMINPU) o, simplemente, los «israelitas del Nuevo Pacto», que —con más de 80 000 seguidores a lo largo de ocho países— han despertado el interés de investigadores desde diversos campos de las ciencias sociales. El propio Ezequiel, a sabiendas de esta «curiosidad» y movido por personas de su entorno, inició, en 1994, la elaboración de una autobiografía que no había sido terminada cuando el 21 de junio del año 2000 fue sorprendido por la muerte. Las notas que han quedado comprenden testimonios del propio Ataucusi que, en forma franca, se abrió a las personas que le rodearon en sus últimos años, relatando varios hechos de su pasado desconocidos hasta ese entonces. Del mismo modo, el documento incluye los episodios de la historia «semi-canónica», que el propio Ezequiel narró al hilo de las demandas de los investigadores que abordaron el estudio del fenómeno

israelita. Al tiempo, el texto recoge otros acontecimientos ajenos a la pura semblanza religiosa pero que merecieron la atención tanto de sus seguidores como del propio Ezequiel. Por último, el manuscrito incorpora interpolaciones hechas por las personas que le ayudaron en la tarea recopiladora y que tratan de sustentar doctrinalmente el documento con apoyo de «fuentes solventes». La mezcla —ligeramente promiscua— de estudios religiosos de procedencia calvinista con doctrinas esotéricas de toda índole, no solo no le resta frescura ni valor al escrito, antes al contrario, genera un rico material que nos proporciona datos sobre la vida y doctrina de Ataucusi y sobre el nacimiento de una religión, la «primera religión que nace en el Perú moderno» (Marzal, 1998a, p. 343).

A lo largo de este trabajo, trataremos de seguir esta inconclusa biografía que el propio Ataucusi quiso legar a la posteridad, completando su testimonio con otras informaciones, publicadas e inéditas. Ya existen otros trabajos que abordan tanto los aspectos doctrinales, como rituales, organizativos e incluso sociales de la congregación de Ataucusi. En casi todos ellos, hay un mayor o menor espacio para la semblanza del fundador de uno de los más sorprendentes fenómenos religiosos del Perú contemporáneo. En este artículo, sin embargo, trataremos de centrarnos en la vida del personaje en busca de las pistas que nos permitan comprender mejor su obra<sup>1</sup>.

## Un joven arequipeño

Ezequiel nació el 10 de abril de 1918<sup>2</sup>, en Huahuas (Cotahuasi, La Unión), en el Departamento de Arequipa (Marzal, 1988a, p. 344). Fue uno de los catorce hijos del matrimonio compuesto por Mariano Ataucusi Urquiza, modesto funcionario (Marzal, 1988a, p. 344), y Eulalia Gamonal Chacón. Se ha especulado con la posibilidad de que hubiese adoptado, tardíamente y con fines simbólicos, el nombre de «Ezequiel». Si bien es cierto que en algunos miembros de la congregación sí se han dado cambios semejantes, en el caso de Ataucusi no hay constancia de ello. Antes bien, el hecho de que su nacimiento coincidiera con la fecha que la Iglesia católica ha dedicado para recordar la figura del profeta homónimo veterotestamentario, hace bastante probable que, siguiendo una costumbre tradicional en el catolicismo hispano, le fuese impuesto el onomástico del día de su alumbramiento.

<sup>1</sup> Para seguir este trabajo resulta imprescindible manejar, al menos someramente, los aspectos doctrinales sobre la AEMINPU a través de obras como (cito en orden cronológico): Espinosa-Benavides Yoyo, 1984; Granados, 1986; Marzal, 1988; Ossio, 1990; Scott Eunson, 1990; Curatola, 1997; De la Torre López, 2005.

<sup>2</sup> Sobre la certeza de que este año haya sido el de su nacimiento plantearé más adelante algunas interrogantes.

Sobre su infancia, a falta de otros datos, contamos solo con los recuerdos del propio Ataucusi. Por circunstancias familiares, solo pudo cursar hasta cuarto grado de primaria, siendo el quechua su lengua materna (Marzal, 1998, p. 344). Su formación religiosa fue la convencional en su medio: el catolicismo popular y sincrético del área andina. Sin embargo, Ataucusi evoca un temprano conocimiento de las cuestiones sagradas que asegura no haber acertado a interpretar originalmente: «En el año de 1920, cuando tenía dos años de edad [...] como si alguien me hubiese dicho, Dios vive y existe; desde entonces en mi mente y en mi corazón tengo presente que Dios vive para siempre jamás, y en mi pensamiento decía vivo para él» (Ataucusi, 1994-2000, p. 029b).

Paralelamente, recuerda con notable intensidad<sup>3</sup> una anécdota relacionada con el culto a los santos:

A los seis años de edad mi madre tenía un santo que legalmente celebraba en la semana santa que dicen, y al cajón le ponían y decía que el Señor ha muerto. A ese santo le hicieron una capilla en el centro del pueblo donde yo nací. Mi madre iba a hacerle sus plegarias al santo; yo no respetaba al santo sino que jugaba como niño y me pasaba delante del señor y me ponía de espaldas, en fin. Después de terminada su plegaria mi madre amenazó darme chicote y luego me dijo ¿por qué no respetas al Señor? El Señor te va a castigar. Entonces contesté: mamita este santo no es Dios, Dios está en el cielo. Este sí castiga. Este Dios no castiga, porque es muerto. Yo sí le puedo castigar porque agarro una piedra, se la tiro y lo hago tiras. Al darle esa respuesta, mi madre quiso pegarme pero yo corrí y no me dejé pescar. Así pasó (Marzal, 1998a, p. 344).

Aunque su actitud puede ser entendida como la travesura del niño díscolo y revoltoso que el propio Ataucusi dice haber sido en su infancia<sup>4</sup>, el episodio sería posteriormente presentado como un antecedente del abandono del catolicismo popular en el que había sido educado. Sea cual sea la lectura que le demos, lo cierto es que la respuesta del joven no puede dejar de recordarnos las alegaciones esgrimidas por los seguidores de uno de los fenómenos milenaristas más polémicos de la historia colonial andina: el *Taki Onqoy*. Los «predicadores» de esta «hierronia» exhortaban a los indígenas a abandonar la recién adquirida religión de los cristianos argumentando la falta de interacción que los nativos notaban con las «huacas» de los españoles<sup>5</sup>.

Para encontrar los primeros hechos sobrenaturales en la vida de Ezequiel, deberemos esperar hasta los doce años:

<sup>3</sup> Intensidad muy probablemente explicable por las repetidas veces que Ataucusi narró este hecho.

<sup>4</sup> En las notas de su biografía trae a su memoria diversas anécdotas en este sentido.

<sup>5</sup> «Veis cómo ese palo no habla, por la cruz, y que este que nos habla es nuestro dios y criador y a este hemos de adorar e creher, e los demás que nos dizen e predicen los cristianos es cosa de burla» (información de servicios Cristóbal de Albornoz, 1570, f. 54v) (AGI, Lima, 316).

[...] me sucede un misterio que yo estaba durmiendo en mi casa... más o menos a la una de la mañana, cuando abrí los ojos, la casa estaba llenecita de luz blanca. Entonces yo en mi pensamiento decía pero de dónde alumbraba la luz, quién ha prendido. Entonces para darme cuenta yo levanto la vista y luego... la vista al techo y vi en el techo una tamaño... una estrella tamaño estrella de la mañana y esa estrella me había estado alumbrando. Entonces, en lo que estoy mirando, me quedé dormido, luego, al despertar a las seis de la mañana tal estrella ya no había en el techo.

De manera que pasó este misterio y después, en adelante, de cada de un mes, me alumbraba siempre. Eso fue como un año, mes en mes me alumbraba, pero yo no hablaba a nadie, no le avisaba a mi madre ni a mi padre, a nadie avisaba, solo yo lo tenía en mi corazón (Ataucusi, 1994-2000, p. 030a).

A los catorce, se produjo otro nuevo fenómeno extraordinario: la aparición de un anciano que le previno contra el culto a los santos:

Mira, los curas son los que han inventado de hacer los santos. Trabajan en su convento los santos y luego, de una vez que terminan, salen al campo, a los pajonales. Y de noche salen a los pajonales y comienzan a trabajar en los pajonales, algunos en un cerro, en los morros altos y haciendo una ventana donde puedan colocar los santos... Con la finalidad de que alguien, los que andan en esos pajonales encuentren y luego, le avisen a los sacerdotes y digan: «Me he encontrado el santo, ¿qué puedo hacer?». Entonces, el sacerdote responderá diciendo: «Traigan pues esos santos para bendecirlos y luego, prométele, pues ahora, misa y hacer fiesta» (Ataucusi, 1994-2000, p. 030a)<sup>6</sup>.

Se trata de un nuevo rechazo a la religión católica. En las «historias de conversión», no son extrañas este tipo de ideas que señalan lo decepcionante o falsa que resultaba la experiencia religiosa anterior a la «gran transformación». La construcción ideológica que sufren estas historias de vida sobre la base de lo que es socialmente esperado por el grupo receptor es una práctica conocida y bien estudiada (Prat, 1997, p. 181). Pese a que el caso de Ataucusi es —tal como iremos descubriendo— excepcional y él mismo trata de marcar, a través de su narración, una considerable distancia con historias semejantes, ello no significa que siempre logre este objetivo.

En cualquier caso, tropezamos de nuevo con la actitud suspicaz del hombre indígena ante las «divinidades mediadoras cristianas». La conexión entre esta historia y la de su madre y el santo resulta evidente y parecería que las dos anécdotas debían permutar el orden cronológico.

---

<sup>6</sup> El texto de esta entrevista está incluido en el apéndice de nuestra tesis doctoral de donde fue tomado íntegramente por las personas que colaboraron con Ataucusi a la hora de confeccionar las notas de la autobiografía.

Poco después, Ataucusi abandonaría el hogar paterno —porque «le gusta ganar dinero»— para buscar trabajo en las minas de sal de Chuquibamba, en la vecina provincia de Condesuyos (Arequipa). Estando allí y ya con dieciséis años de edad, sufre una experiencia traumática que posteriormente será interpretada como un acontecimiento revelador de su futuro. Junto a unos amigos fue a nadar al río. Retado por uno de sus compañeros, trata de cruzarlo usando un tronco, sin embargo:

[...] entonces el viento que corría levantó la ola, en lo que estaba ya cortando el centro en la parte que más hacia ola, cortándole la correntada y, en eso, la ola viene y me hizo tomar agua. Me hundí. Entonces, en vista de esto, que no podía flotar, entonces yo pensé de hundirme más hasta profundo y luego con la aviada [ayudado] del piso de la tierra tomar... salir con la viada y así flotar abajo. Pero yo no pude, ya no podía ya triunfar a la fuerza del agua. El agua me llevaba de espalda de barriga y de todo, hasta de cabeza, bueno. Entonces, medio empozado era ese río y ese empozado tendría, pues, más o menos, cerca como media cuadra. Entonces más o menos faltando quince metros para llegar a la catarata, entonces yo oí y escuché en lo... para esto, antes de escuchar la voz y mi corazón no más lloraba diciendo: «Así será mi destino para morir ahogado en este río ya no veré a mi padre y a mi madre llamaba con mi corazón —lloraba—» [sic]. Después de esto, de repente, sentí... o escuche la voz que me llamaba diciendo: «Ezequiel anda, Ezequiel anda, Ezequiel anda». Tres veces. Entonces, después de tres veces que me llamó ya no sé nada si moriría o estaría ya no sé nada... Entonces, después, para darme cuenta ¡ah!, en eso que, eso que escuchaba la voz, vi que un pescado grande, por lo menos de ochenta centímetros más o menos de largo venía corriendo y se me mete a las piernas. Ahí es donde ya me quedé, no sé si moriría, ya no sé nada absolutamente, entonces, después de esto para darme cuenta ya que estaba ya al flote del agua, hasta la cintura. Entonces estaba botando el agua que había tomado y, entonces, cuando yo ya todito, pues, ya el último de las bocadas, pues, botaría, cuando ya me di cuenta, entonces, ya volví a mi ser nuevamente, ya una bocada más boté el agua y ahí paralizó. Entonces, quiere decir que ya había botado todo el agua. Entonces, me doy cuenta, pues, vuelvo a mi ser y, en todo me he sentido muy bien. Entonces, miro para aquí para allá y a mis compañeros estaban lejos. Bueno. Y, cuando me doy cuenta que, hasta la cintura estaba en el agua, pero el pescado me sostenía. En buena cuenta yo estaba montado en el pescado y me sostenía el pescado. Entonces, después como decir que ya está bueno, más o menos estaría un cuarto de hora así, sentado, después como quien dice que ya está bueno, al lado de donde debería salir y hubo una coleteada del pescado y me botó a donde iba a salir. Y, entonces ya de ahí me hundí otra vez al agua, pero hasta el pecho. Ya saltando, saltando salí ya. Así fue estas experiencias (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

En 1987, un relato semejante le fue narrado a Scott, quien no pudo dilucidar si se trataba de un hecho vivido o de un sueño. En cualquier caso, siempre según el propio Ataucusi, el acontecimiento le habría sembrado dudas acerca del destino misterioso que le estaba aguardando.

Poco después, Ezequiel sería levado e incorporado al servicio militar por primera vez. La etapa castrense del joven Ataucusi resulta particularmente abundante en anécdotas, muchas de las cuales nos ofrecen un vital retrato de sus aptitudes y personalidad.

Destinado en una unidad de Ingenieros, Ezequiel va a despuntar por su carácter despierto y por la habilidad, próxima en ocasiones a la picaresca, con la que afronta diversos problemas. Algunos acontecimientos, sin embargo, resultan particularmente llamativos. El primero de ellos tuvo lugar cuando, con el grado de sargento, se encontraba pronto a licenciarse. Sus superiores parecían dispuestos a respaldar su promoción en la Escuela Militar de Chorrillos. No obstante, antes tenía que saldar una deuda económica con la institución. Sin dinero, pidió ayuda a su madre; sin embargo, la cantidad que finalmente le solicitó por carta resultó ser diez veces la que, a su vez, le era reclamada a él<sup>7</sup>. Enterado de la superchería, un superior suyo le recriminó que hubiera engañado a su propia madre. Las posibilidades de un nuevo ascenso se ven truncadas ante esta pérdida de confianza y recibe una durísima recriminación: «Sí, te vas a ir de baja porque no hay confianza contigo. Tú puedes vender tranquilamente al batallón» (Ataucusi, 1994-2000, p. 031b). Más sorprendente que la misma anécdota, es la franqueza con la que Ataucusi la incorpora al texto de su biografía.

En este mismo sentido, resulta menos paradójico que Ezequiel recuerde cómo hacía valer su destino —en la prevención del acuartelamiento— para obtener de sus compañeros de armas prebendas, pequeñas coimas y un sinfín de ventajas que hicieron bastante tolerable su vida en el cuartel.

Aún más compleja de interpretar es otra anécdota de su vida castrense. El futuro dirigente religioso recuerda minuciosamente los detalles del golpe que protagonizó Sánchez Cerro y que llevarían a este militar a la presidencia del país. Aparentemente, Ezequiel sería uno de los soldados que el militar golpista utilizó durante la revolución de Arequipa y su posterior marcha sobre Lima. Ataucusi pormenoriza los detalles de aquella página de la historia del Perú, planteándonos con ello un problema cronológico. Si Ataucusi efectivamente participó, como afirma, en aquellos acontecimientos, que tuvieron lugar en agosto de 1930, ello significaría que habría sido levado con doce años, no con los dieciséis que declara. La otra opción es que 1918 no fuese su fecha real de nacimiento. Resulta difícil alcanzar las razones que le pudieron llevar a modificar esta información. Es conocida

---

<sup>7</sup> Porque deseaba adquirir una moto, según propio testimonio.



la existencia de algunas profecías vinculadas con el año 1918 que pudieron hacer preferir esta fecha en lugar de una original anterior; aunque esto no parece razón suficiente para explicar del todo satisfactoriamente la posibilidad de dicho cambio.

Sin que podamos fijar con precisión la época<sup>8</sup>, Ataucusi nos narra otro episodio que retrata su carácter. Se encontraba trabajando en una explotación minera próxima a Chuquibamba cuando se erige como cabecilla de una acción huelguística. Se trataba, siempre según él mismo, de un movimiento verdaderamente revolucionario dado que «en ese tiempo no conocían huelga en provincias». La forma en que organiza la protesta nos retrata a un líder de maneras casi mosaicas: «Y como ya habían dicho que llenen agua en todo lo que tengan, entonces llenaron y mandé que el canal lo corten» (Ataucusi, 1994-2000, p. 061); pero que no duda en ejercer la violencia cuando es preciso para el triunfo: «[...] enseguida cuando vean alguien pasar ¡caramba! boten barranco (que mueran) caramba no importa» (Ataucusi, 1994-2000, p. 061). Como resultado de la acción represiva, Ataucusi será arrestado y llevado a Arequipa desde donde debía ser reexpedido al limeño penal de El Frontón. Durante los días de cautividad en la capital departamental, Ezequiel, que se vio obligado a compartir estancias con delincuentes habituales, no tuvo problemas en asumir la personalidad de un peligroso malhechor para hacerse respetar por los otros encarcelados, jactándose en sus memorias de la hábil treta. Sin embargo, la popularidad alcanzada por la acción huelguista le sirvió para granjearse la simpatía de los policías encargados de su custodia, quienes eventualmente lo sacaron de la carceleta y lo llevarán a comerciantes locales para que estos le hagan pequeños obsequios.

Finalmente, la presión del sindicato le acabó logrando la libertad. El regreso a su localidad natal resulta, siempre según su testimonio, triunfal.

El segundo servicio militar ofrece menos problemas cronológicos. El sistema de levas empleado en el país y un descuido en la documentación que tenía que portar consigo, conducen a Ezequiel a repetir su servicio militar en 1941. Su nuevo paso por el ejército coincide con un conflicto con Ecuador. Ataucusi recuerda que su unidad fue destinada a la región en pugna, más concretamente a Paquicha, donde aparentemente participó en varios enfrentamientos armados.

Al finalizar este segundo compromiso, con 23 años de edad, se une a Dionisia Ospino, la que será madre de sus siete primeros hijos. Es en esta época cuando comienza a trabajar como calambuquero en la construcción del ferrocarril MollendoMatarani, siempre en el departamento de Arequipa.

Estando dedicado a esta tarea, se toma tres meses de vacaciones; luego de los cuales, cuando trató de reincorporarse a su puesto, no fue admitido. La situación

---

<sup>8</sup> En el texto no aparece ninguna referencia cronológica; no obstante, la mención a Chuquibamba y a la mina nos obliga a situar el episodio, o bien antes de su primer servicio militar, o bien entre este y el segundo.

era particularmente grave puesto que se le habían agotado sus recursos económicos. Sin embargo, el encuentro de un panetón, cuyo estricto racionamiento le permitió subsistir durante varios días, hasta que de nuevo obtuvo trabajo, fue interpretado como una nueva circunstancia providencial en su vida.

## El encuentro con Dios

Su trabajo en el ferrocarril se prolongará hasta 1951, fecha en que abandona definitivamente Arequipa rumbo a la sierra central, donde se colocará en la hidroeléctrica de Carhuarmayo hasta 1955. Finalizado su contrato, Ataucusi probará suerte y tratará de abrir su propio negocio. La fortuna no parece acompañarle: primero lo intentará como carpintero, más tarde probará con un taller de zapatería. Como el mismo Ezequiel gustaba describirse, era él un hombre con «siete oficios y catorce necesidades» (Marzal, 1988a, p. 346). La situación se fue haciendo más dramática con la enfermedad de varios de sus hijos, que le obliga a vender diversos enseres (Marzal, 1988a, p. 346). Los reiterados fracasos lo llevan finalmente a instalarse en Picoy (Acobamba, provincia de Tarma), en abril de 1955, localidad donde dará comienzo la parte más excepcional de su vida. Junto a otros amigos —amigos de «vicio»— que frecuentan su taller de zapatero, empieza a menudear su presencia un personaje que le visita regularmente. Manuel Vela —este era su nombre— solía portar un bulto que llama la atención de Ezequiel:

Yo le dije: «Disculpe, amigo Manuel, voy a tomarme la libertad de tomar este librito». Abro, pues, y lo leo. Entonces no sabía qué era, ahora sí sé. Era una concordancia para el estudio bíblico. Lo leí y me quebrantó mi corazón. Me cayeron las lágrimas. Desde entonces pensé: «Algo va a suceder conmigo. Y no tenía apetito, estaba preocupado».

El viernes en la noche vino otra vez Manuel con el paquete. Y le dije: «Amigo Manuel, disculpe, tal vez en estos momento me manifestaré como imprudente, pero usted sabrá entenderme; se trata de saber qué hay en el paquete»... Él lo abrió y había un libro, que decía: Santa Biblia. La abrí por una parte y en lo que leí acusaba la vida del hombre. Lo volví a abrir y era Isaías. Y decía: «Por causa de mi nombre, yo te perdonaré y te haré limpio como lana blanca, como la nieve» [...] Y eso sí me quebrantó totalmente y dije: «Estas cosas son de Dios». Las lágrimas me caían a chorros, pero yo me resistía, porque allí estaba el amigo Manuel y los demás amigos (Ataucusi, 1994-2000, p. 033a)<sup>9</sup>.

Pocos días después, Ataucusi se encontró con Manuel Vela, quien resultó ser miembro de la Iglesia Adventista de la localidad. Ezequiel entonces le rogó que le permitiese acompañarlo al culto. Poco después, solicitará ser aceptado en la comunidad.

<sup>9</sup> Aparentemente el texto fue tomado de Marzal (1988, p. 347).

Aunque Ataucusi no resulta abrumador en pormenores sobre su conversión, el texto no deja de ofrecer una serie de elementos llamativos. El primero de ellos es la sensación de haber sido duplicado por un compilador que no hubiera encontrado mejor manera de engarzar dos versiones del mismo suceso. No sería la primera vez que un hagiógrafo utiliza este recurso; sin embargo, el relato fue tomado<sup>10</sup> textualmente de la entrevista oral publicada por Marzal en *Los caminos religiosos*<sup>11</sup> y coincide plenamente con el esquema de la narración que nos hizo en 1991. Por lo tanto, si se trata de una compilación, sería muy anterior e incorporada al propio discurso oral de Ataucusi.

No menos chocante es la actitud del amigo adventista. Lejos del activo celo propagandístico de los miembros de «nuevos movimientos religiosos», más intenso, si cabe, en el caso de las denominaciones adventistas (Marzal, 1988a, p. 153), Vela visitaba regularmente a Ataucusi sin ni siquiera dar a conocer su condición religiosa, y tenía que ser el mismo Ezequiel quien forzara la conversación sobre el tema: «[...] había religiosos adventistas, pero no sabía que eran religiosos y me visitaba uno de ellos, como amigos a mi taller. Bueno. Y así sucesivamente, ya costumbre era de visitarme, pero no me hablaba tampoco...» (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

El comportamiento de Vela resulta tan «poco proselitista» como para llamar nuestra atención. De hecho, Ezequiel cuenta cómo él mismo, apenas iniciada su «nueva vida», emprendió el apostolado entre sus compañeros de trabajo:

Entonces, a los que estaban amigos allí sentados, les dije: Amigos, ahora sí encuentro un camino que lleva a la vida. En el camino que actualmente estábamos, estábamos en el camino de la muerte, sin esperanzas. Ahora, sí encuentro el camino de esperanza, el camino de la vida. De manera que solamente sugiero a todos ustedes que por el camino donde va su amigo sigan también (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

Dada la forma en que Ataucusi subrayará el carácter autodidacta de su aprendizaje, no sería sorprendente que el relato anterior refleje tan solo la búsqueda de respuesta religiosa a sus necesidades vitales, minimizando la más que probable intensa labor apostólica de Vela.

Al margen de la disonancia de estos aspectos, nos encontramos ante un texto bastante próximo a las formas habituales en los relatos de conversión. Aunque hay una fase volitiva, de curiosidad, el paso decisivo parece producirse por «rendición del yo» —utilizando la terminología de James (Prat, 1997, p. 160)—, siguiendo un modelo ampliamente conocido e igualmente extendido entre los grupos pentecostales y evangélicos.

<sup>10</sup> Por las personas que colaboraron con Ataucusi en la elaboración de la biografía.

<sup>11</sup> Basada en una entrevista realizada por Marzal en 1986.

El contexto vital que rodeó este paso fundamental en la vida de Ataucusi tampoco es insólito. Ezequiel atravesaba una serie de graves contratiempos: «[...] me fui a Huancayo y allí me instalé. Y en eso fracasé» (Ataucusi, 1994-2000, p. 032b). A ello hay que unirle uno de los elementos que más frecuentemente hace su aparición en los testimonios de conversión: la enfermedad: «Ya tenía mis hijos y la mayorcita, más querida, se enfermó. Lo mismo pasó con otros hijos que sanaron; pero la mayorcita no sanaba. Y para curarla tuve que vender mi radio y muchas herramientas. Pude curarla pero me quedé completamente pobre. Solo me quedé con mis herramientas de zapatero» (Ataucusi, 1994-2000, p. 032b).

Tenemos, por lo tanto, el tipo de «persona en búsqueda» cuyo retrato robot fija Marzal: «[...] migrantes [...] golpeados por la pobreza, la enfermedad [...] la anomia y la pérdida de referentes religiosos por el desarraigo» (Marzal, 1998, p. 105). Ciertamente, el antropólogo español traza su modelo para los desplazados desde el interior hacia la metrópoli limeña; pero, aun en un sentido diverso, Ataucusi debió haber sentido en alguna medida la desestructuración familiar y cultural que le produjo el abandono de su tierra natal, a lo que había que unir lo poco exitosas que sus empresas vitales estaban resultando. Incluso durante su periodo de militancia en la congregación adventista, volverá a caer enfermo, consagrándose a Dios como exvoto de su sanación (Scott, 1990, p. 17).

En cualquier caso, a partir de ese momento, Ataucusi va a convertirse en uno más de los miembros de la comunidad adventista. Al igual de lo que sucede a la hora de fijar la cronología de otros acontecimientos de la vida de Ezequiel —y estos años en particular—, no existe certeza acerca de cuánto tiempo militó en dicha Iglesia. Frente a la información más extendida, que no alarga este lapso por más de un año (Ataucusi, 1994-2000, p. 033a), el propio protagonista también confiesa que el periodo transcurrido dentro de esta denominación alcanzó los tres años (Ataucusi, 1994-2000, p. 034a). Sea como fuere, siempre que demos por bueno el relato de Ataucusi, se trató de una etapa de intenso estudio y de inicio de una vida mística. En los primeros momentos, pese al esfuerzo personal, va a encontrarse con serios problemas para la comprensión de las Sagradas Escrituras, lo que le llevará a la desesperación. Es así como llega la primera gran experiencia espiritual de su vida:

[...] se me apareció el Señor Jesús exactamente [...] Me dice: «Recuéstate a la tierra [...] ahí comienza a orar [...] aparece un vaso blanco en la mano derecha y sigue orando». Se volvió leche. Entonces, hasta ahí vide. Entonces en la mano izquierda ya estaba con un hisopo. Terminó la oración y dio gracias. Se me acerca y, nuevamente, me dice: «Levanta el codo». Levanté el codo. Entonces con el hisopo remoja la leche del vaso y luego me pone acá, al codo. En ese momento, así como quien pone una ampolleta de anestesia y adormece, ¿no es cierto? O sea de calcio, cuando pone. Igualito comenzó a adormecerse mis pies desde la punta de las uñas de los pies y venía adormeciendo, adormeciendo cuando llegado la

piel ya estoy en agonía, ya se me acerca ya estoy para morir, llega al corazón, morí y pasa el corazón el bulto —tenía bulto así bonito— entonces pasa el corazón y otra vez volví a mi ser (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

Después de esta especie de unción, se disiparán sus problemas con la interpretación de textos, iniciando una etapa de intenso estudio, así como de otras experiencias místicas, que le fueron permitiendo entender el papel que estaba llamado a desempeñar y que echaba a sus espaldas la responsabilidad «sobre el Evangelio» (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

De entre todas estas visiones, el propio Ataucusi destaca una: su traslado al pueblo del Ezequiel antiguo. Allí le mostraron tres tumbas y, en la cabecera de una de ellas, se alzaba una cruz y se podía leer el nombre de Ezequiel: «Entonces, al decir esto, me dice el Espíritu Santo: “Ese eres tú”. Entonces yo me endurecía: “Pero cómo voy a ser yo”» (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991). Ataucusi no entiende cómo es posible cosa semejante, pero el Espíritu le explica:

«Entiende, Ezequiel, ¿cómo vino Jesús al mundo?» [la primera pregunta]. Entonces contesté: «Vino en Espíritu y fue introducido en el vientre de María y luego se formó en carne y hueso y así vino Jesús al mundo», contesté. Entonces arriba me contesta: «Bien has dicho». Y luego, después de esto preguntas, diferentes maneras, aumentando ya otra pregunta, ya me pregunta: «Tú fuiste enterrado para fuera, para ejemplo [me dice]. Y todo Ezequiel será». Ahí me endurecía nuevamente, no entiendo esa pregunta. Enseguida vuelta otra pregunta [...] Me repite: «Para ejemplo para los postreros días». Entonces, luego me repite, entonces, luego me pregunta, nuevamente: «Tú eres el que has escrito el libro de Ezequiel» (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

Finalmente, Ataucusi acabará aceptando su misión. Una misión y una identidad —la del profeta veterotestamentario— que, como luego podremos ver, no encaja con el rol que Ezequiel más tarde adquirirá dentro de la futura congregación.

Le siguen, en el texto de Ataucusi, toda una serie de «experiencias anómalas» que no solo le irán preparando para el desempeño de la misión, sino que purificarán su persona. Las once visiones que narra son una constante exhortación al entendimiento y a la aceptación del destino, entreverándose citas bíblicas, más o menos textuales, extraídas de los momentos de renuencia de líderes y profetas del pueblo de Israel cuando le fueron encomendadas tareas semejantes<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Así el relato de la Cuarta visión: «En la visión de la mañana vi a Jesucristo, el Señor, a una distancia aproximada de veinte metros. Se acercó a donde yo estaba y con su venida me asombré y caí sobre mi rostro. Díjome: “¿Entiende Hijo del Hombre! ¿Oye lo que yo te hablaré! Hoy, delante de mí, mañana y pasado mañana, sea hecha la obra”, parece extraído de Dn. 8, 17 y ss. En la sexta visión, Ataucusi usa las palabras de Is. 61, 1. En la novena visión, la imprecación de la voz está textualmente sacada de Ez. 2: 3. En la décima visión, Ataucusi argumenta su reluctancia a aceptar la misión sobre la base de Ex. 6: 12 y 30.

De entre la serie de experiencias, sobresalen dos: la Purificación del Pecado y el Arrebatamiento. Entre la tercera y cuarta visión, tiene lugar el primero de estos episodios singulares:

Entonces vi que el Señor Jesucristo se postró; extendió los brazos y mirando el cielo clamó. Y se abrió el cielo y cayeron gotas de agua al vaso que sostenía nuestro Señor Jesucristo. Luego se acercó y derramó el agua sobre mi cabeza. Entonces sentí como un brazo ardiente que me quemaba por dentro como un horno. Tenía la forma de un bulto que subía desde la planta de mis pies poco a poco. Cuando llegó a mi corazón no lo soporté. Mis fuerzas me abandonaron. Caí desmayado y perdí el conocimiento. Luego volví en mí. Entonces, sentí que mi cabello medio se levantó; que salía de mi cuerpo un humo negro, arqueando salía de mi cuerpo (Ataucusi 1994-2000, p. 035b).

Se trata, sin duda, de una descripción de intensa plasticidad sobre la función purificadora del Bautismo. Todavía antes del Arrebatamiento, tendrá lugar la séptima y la más original de todas las visiones:

Oí una voz que me hablaba. Díjome; «Id a la biblioteca. Allí están dos libros: de la vida y de la muerte. Traedme el Libro de la Vida». Al retornar, tomó el libro de mi mano y lo abrió diciendo: «A ti es dado este Libro de la Vida y todos los que están escritos en este Libro. Es menester me sean reunidos. [...] Tienen derecho a la liberación y sea hecho». Yo dije: «Así haré Señor. Gracias doy. Amén» (Ataucusi, 1994-2000, p. 035b).

Aunque la afirmación, conectada necesariamente con el capítulo vigésimo primero del libro de la Revelación, tendría una interpretación de enorme peso, puesto que deposita sobre Ataucusi la responsabilidad de determinar quiénes se salvarán, sería preciso tamizarla siempre por la hermenéutica del propio Ezequiel y sus seguidores<sup>13</sup>.

Después de esta experiencia y completada la limpieza, podría tener lugar el episodio fundamental de toda la «teología» israelita: el Arrebatamiento. Por algún motivo relacionado con su actividad laboral, la familia Ataucusi se instaló en el interior de la Montaña. Es allí, en El Palomar de Sanchiro, donde Ezequiel sería arrebatado al tercer cielo. El camino le permite conocer también el primero y segundo, e incluso el propio Infierno, donde el Diablo tratará de engañarle.

<sup>13</sup> La interpretación bíblica y su lectura es una de las cuestiones de más difícil comprensión que presenta el grupo fundado por Ataucusi. Aunque es conocida la clave argumental («Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito de allí, otro poquito allá» [Is. 28: 10]), algunos autores están convencidos de la existencia de una pauta que conduce la concatenación bíblica que los israelitas hacen en sus estudios. No obstante, sin otra luz al respecto, lo único de lo que podemos estar seguros es de la importancia de las concordancias habitualmente presentes en las versiones de las Biblias de ReinaValera (las frecuentemente empleadas por la congregación) cuando no del propio azar.

Ninguna de estas estaciones le apartará de su objetivo final. Allí encontrará un local muy espacioso donde descubre una gran mesa con veinticuatro sillas, así como dos bibliotecas y una pizarra grande. El aspecto escolar del edificio es subrayado por la narración de Ezequiel, quien incluso parece asumir el rol de un niño travieso:

En eso, de repente ya de mi retaguardia: «Hola, hermano, ¿cómo estás?, ya llegastes». Yo rápido volteé. Ahí estaban tres personas sentadas. Este me hablaba y estos dos me miraban así. Entonces: «Sí, hermano, ya llegué». «Está muy bien. El único ya a ti te esperamos para comenzar la obra. Siéntate». Había una mesa chica delante de ellos. Más o menos sería unos tres o cuatro metros más adelante. Una silla había y allí me senté. Entonces yo estaba mirando a los tres varones. Me miran nomás. Entonces este era el Hijo y este era el Padre y este era el Espíritu Santo, el que me hablaba. Entonces, me miran nomás. Entonces, al poco rato me dicen... y vi al Hijo que estaba revisando la Biblia abriendo: «Esto no han visto —versículo por versículo—, esto no han visto —pasaron no más—, esto sí han visto pero no lo ponen en práctica». En eso el Padre se levanta se dirige al fondo y escribe los diez mandamientos en la pizarra. Entonces viene y se sienta y me dice: «Ezequiel»; «Señor», me levanto y tres reverencias hice; «Anda a la biblioteca y sácame cartulina», me manda. «Amén, Señor». Me fui. Yo como un soldado me paro. Entonces giro a la izquierda para seguir hasta el fondo y como un soldado marchaba. Dentro a la biblioteca uno estaba cerrado y el otro estaba abierto, al que está abierto entré. Había dos libros. Yo, curioso, primeramente curioseé, levanté el libro para leer, pero en eso me entró el temor y lo dejé de leerlo y agarré la cartulina y salí. Entonces: «Aquí está la cartulina, Señor». Entonces me dice: «Toma asiento en la silla y escribe los diez mandamientos que están escritos en la pizarra sin aumentarles ni disminuirles». Entonces y para entonces en la mesa ya estaba la tinta y el lapicero. Entonces yo comencé a escribir los diez mandamientos. Entonces cuando ya me dijo: «¿Ya está listo?». «Ya, hermano», dije. Entonces al Espíritu Santo entregué y después al Hijo. Está muy bien, aprobó. Alcanzó al Padre. «Está muy bien», aprobó. Entonces, luego... «Ahora, irás pueblos, naciones, casas, y donde fueres, hablarás diciendo: “Este es el mandamiento que mirando no habéis visto y hablando de ello no habéis entendido. Escuchando estas palabras quizás se conviertan”» (en entrevista con Ataucusi, el 16 de noviembre de 1991).

Ya en 1986, cuando Marzal recogió una narración que se aparta poco de la aquí transcrita, este episodio había merecido la atención de Ataucusi y sus seguidores hasta el punto de ser el único hecho publicado de su vida. En las versiones escritas, no se añade mucho a lo dicho, si bien la incorporación de citas bíblicas hasta extremos abrumadores —elemento habitual en la totalidad de los textos de Ezequiel— le hace perder la frescura del texto oral. En la versión incluida en las notas autobiográficas sí hay un añadido de cierto interés: «El que hablaba conmigo díjome: “Por tercera vez, sea predicado a todas las gentes el Evangelio de arrepentimiento y la remisión de pecados, en todas las naciones”» (Ataucusi, 1994-2000, p. 036b).

Además de otras lecturas mucho más simples —que en casos semejantes nunca podemos descartar—, la referencia a esta «tercera predicación del Evangelio» resulta demasiado llamativa como para pasarla por alto. ¿Se puede pensar en una conexión entre el triteísmo histórico joaquinista y el mensaje de Ataucusi? En este punto es preciso recordar, como Marzal ya apuntó a raíz de su trabajo sobre Urcos (Marzal, 1973, p. 263), la posible introducción en el área andina de la concepción de la historia dibujada por Joaquín de Fiore. Más tarde, el antropólogo hace notar esta presencia en el propio credo israelita (Marzal, 2002, p. 550). Mucho más complejo que señalar la presumible filiación joaquinista de este concepto —que, a su vez, casaría perfectamente con muchos elementos doctrinales de los seguidores de Ataucusi—, sería establecer los vericuetos históricos y mentales por los que el pensamiento de un abad cisterciense del siglo XII llegan al universo mental de un zapatero arequipeño. Aunque es bien probable que Ezequiel tomase esta imagen del sincrético universo religioso andino, no podemos olvidar el carácter ecléctico hasta la promiscuidad de las lecturas y de la formación autodidacta de Ezequiel Ataucusi<sup>14</sup>.

Pese a la aparente contundencia del mensaje recibido durante el «arrebataamiento», las siguientes visiones continuaban siendo una exhortación a la generosidad, al entendimiento y a la aceptación del destino que le había sido revelado.

De gran significación resulta ser otro hecho sobrenatural ocurrido en estos años y que, sin embargo, no fue mencionada en sus propias notas bibliográficas. Se trata de una voz que le ordena leer el pasaje de Jeremías 25: 11-17. En dicho texto, se hace mención al dominio del Rey de Babilonia que, previo a la «visita de Jehová», se extenderá por 70 años. Ezequiel interpretó los 70 años como 7000 que, sin embargo, «por el amor de Dios» habrían sido acortados y estarían prontos a su cumplimiento (Scott, 1990, p. 20). El episodio tiene la importancia de ser la primera vez que se introduce en la semblanza espiritual de Ataucusi una clara referencia a una expectativa material milenarista.

Otra de las más populares «experiencias anómalas» de su vida es la que dio lugar a uno de los elementos más pictóricos de la congregación fundada por Ataucusi: el cumplimiento del voto nazareo. Ezequiel oyó una voz que le advirtió que —en señal de su pacto con Dios— no debía cortar su cabello ni su barba; pero días después, en el momento en que —por olvido— iba a desobedecer este mandato en una barbería de Tarma, cuando el peluquero le había puesto la bata de barbería, Ezequiel vio a Jesús reflejado en el espejo del establecimiento. Comprendió su error, pero no pudo impedir que le cortasen un mechón de su pelo, negándose a que continuasen y permitiendo únicamente al artesano que igualase el trasquilón. Desde aquel momento, no volvió a consentir en cortar su cabello ni afeitar su barba.

---

<sup>14</sup> Algo semejante puede suceder con el retrato de la Trinidad que Ataucusi hace y que puede ser perfectamente vinculado con la iconografía de tres varones, mucho más frecuente en el área andina que las otras formas simbólicas más habituales en Occidente.



## Congregación propia

Como no podía ser de otro modo, pronto se iba a producir la ruptura entre Ataucusi y la comunidad adventista<sup>15</sup>. Los dones proféticos de Ezequiel, el uso que va a hacer de ellos y —posiblemente— algunas afirmaciones heterodoxas, irán generando suspicacias entre sus hermanos de la iglesia de Río Seco. Los relatos de la escisión definitiva varían en algunos detalles. Aparentemente, Ataucusi —ataviado con una túnica— trató de dirigirse a la comunidad cuando fue requerido por Samuel Condori, anciano encargado de la congregación, quien lo sacó del templo. El episodio no estuvo exento de cierta tensión, pero el desenlace vuelve a ser, de nuevo, contemplado por Ataucusi como un hecho providencial:

«¡Hermano, ya no deseamos ver tu presencia en este lugar, puedes irte!». «Gracias —respondí—, yo me iré, ya no volveré hasta que ustedes digan: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”». En lo que dije eso, se amargó y comenzó prepararse para darme un puñete. Entonces le dije: «¡Si así conviene buscar, proceda hermano!». Me crucé las manos así, y él con esa palabra sola se irritó. Entonces levanta la mano para [...] ya la mano se venía contra mí, en eso parece que alguien lo ha jalado; así le ha hecho el brazo; ¡la cara amarillo! ¡Mudo se quedó! No pudo hablar. Entonces dije: «Ahora sí me voy. Gracias, hermano, por todo. Ahora sí me voy y no volveré hasta que diga: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”» (Ataucusi, 1994-2000, p. 034b).

Se inicia entonces un periodo aún más confuso en la biografía de Ezequiel. Él mismo recuerda haber comenzado su predicación en las provincias de Tarma, Jauja y Chanchamayo, ataviado con una túnica, lo que le supuso algún que otro tropiezo con las autoridades locales<sup>16</sup>. En aquella época, una nueva revelación le ordena unirse a otro religioso<sup>17</sup>. La región oriental de Junín, histórico territorio misional, era en aquel momento una verdadera babel donde, en un sorprendente ambiente de confusión religiosa, los pescadores de almas trataban de ampliar y consolidar sus rebaños. Son años que, a juzgar por su testimonio, Ataucusi deambulará entre varias denominaciones, entre ellas la Iglesia pentecostal.

Este es uno de los episodios que ha suscitado alguna discusión sobre la vida del singular arequipeño. Mientras que algunos investigadores señalan sus conexiones —históricas y doctrinales (Scott, 1990, p. 34)— con el pentecostalismo, otros han puesto serias objeciones a esta supuesta militancia. La cuestión, más que la anécdota en sí misma de si Ezequiel asistió o no durante algunos meses a cultos pentecostales, tiene su importancia a la hora de fijar las filiaciones doctrinales de la futura congregación.

<sup>15</sup> No podemos establecer con seguridad la fecha de la separación, pero se ha mencionado finales de 1956 (Granados) y setiembre de 1957 (Páucar) (cit. en Scott, 1990, p. 22).

<sup>16</sup> En Recrán fue encarcelado, desprovisto de sus ropas y rapado (Ataucusi, 1994, p. 0038a).

<sup>17</sup> Aunque sí relata una serie de acontecimientos en unión de este personaje (incluyendo varias curaciones milagrosas), no pudo recordar el nombre del mismo.

Pese a que el propio Ataucusi declaró no haber pertenecido en ninguna forma a iglesia pentecostalista alguna, Scott da como seguro que Ezequiel, hacia mediados de los sesenta, frecuentó un templo de esta denominación ubicado en 7 de octubre —un «pueblo joven» de El Agustino, en Lima—, convirtiéndose el local, a la larga, en el primer templo israelita en la capital (Scott, 1990, p. 34). Esta noticia estaría reforzada por la declaración de Leoncio Ataucusi Ospina (Scott, 1990, p. 34). La información resulta congruente con los múltiples elementos pentecostalistas percibibles en el ritual y credo israelita. En este mismo sentido, hemos podido encontrar un estudio datado en marzo de 1992 en el que el propio Ezequiel relata su experiencia con grupos pentecostalistas<sup>18</sup>. Por último, en sus notas, Ataucusi cuenta cómo, después de abandonar la Iglesia adventista, llegó a ser bautizado como pentecostalista:

[...] yo me bauticé y cuando el Pastor pentecostal me bautizaron yo todavía no tenía creyentes, solo estaba andando, entonces en Recrán me bautizaron. Entonces, cuando estaba bautizando, testificó varias persona que habían visto paloma encima de mí, allí se convencieron que yo era de Dios [...] (Ataucusi, 1994-2000, p. 75).

Aparte de las implicaciones doctrinales y rituales en la futura congregación, el deambular de Ezequiel entre varias iglesias<sup>19</sup> no es, desde luego, un comportamiento atípico entre los creyentes de los nuevos movimientos religiosos<sup>20</sup>.

Con bastante esfuerzo y no pocos contratiempos, Ataucusi constituirá en junio de 1958 una congregación propia en Pampamichi, pocos kilómetros al sureste de Río Seco. Se trata de un grupo singular en el que, además de unos pocos serranos como el mismo Ezequiel, sorprende encontrar a setenta asháninkas. Es allí donde funcionará el primer templo de la comunidad<sup>21</sup>. Las manifestaciones sobrenaturales no cesarán en esta época. En la fiesta de Pascua de 1958, Ataucusi volvería a ser arrebatado al tercer cielo y cuando, al año siguiente, se incorpore a la iglesia Manuel Canales Córdova, Ezequiel le reconocerá como el «segundo siervo» que Dios le había anunciado. Canales —que adoptará el nombre de «hermano Jacob»— acompañará a Ataucusi durante más de diez años.

El trabajo de esta época no es solamente espiritual. Ezequiel y sus seguidores comienzan a poner en práctica una de las fijaciones más constante de la historia de la congregación: el deseo de colonizar la Montaña. En una de las visiones después de abandonar la Iglesia adventista, Dios le manifiesta que le habría de dar un lugar llamado Río Alto Pinedo, donde podría establecerse. Se organiza,

<sup>18</sup> «[...] en su día en Espíritu me trae a visitar a todas las congregaciones si la lengua no me parecía bien en Lima me encuentro con la Hermandad pentecostal [...] había fortaleza [...] hablaban 6, 8, 10, 15, 20, 23, 25 hasta 30 llegaba a hablar [...] unos hablan con “p”, otros con “b” [...]» (Ataucusi, 1992 ca.).

<sup>19</sup> Habría que añadir, a las dos dichas, una más a la que Ataucusi nombra como la «peruanita», sin que podamos precisar con certeza a que denominación se refiere.

<sup>20</sup> Lo que ha llevado a aplicarles el título de «explorador religioso» (Prat, 1997, pp. 119-121).

<sup>21</sup> El testimonio de Ataucusi es refrendado por el del hermano Cáceres (Cáceres, s. f.).

en forma de cooperativa, una sociedad cuyo propósito no es otro que llevar hacia adelante la roturación de la selva. La forma en que Ataucusi alienta a sus asociados no puede dejar de recordarnos su etapa como dirigente sindical minero:

Con el propósito de hacer producir los extensos terrenos de montañas vírgenes de la selva peruana y vernos libres de la explotación de los grandes latifundistas que, por buen tiempo abusaron del pequeño agricultor pagándole por su sacrificio un mísero jornal que no le alcanza para subsistir e, incluso son víctimas de enfermedades sin percibir ningún beneficio de parte de sus patrones (hacendados), animé a un grupo de agricultores a trabajar en tierras propias para producir y mejorar la crisis económica del pueblo, donde no exista explotadores ni explotados (Ataucusi, 1994-2000, p. 39).

Desde el asentamiento de Pampamichi, al menos una parte de la congregación se encaminó a Oxapampa en busca de nuevas tierras para ocupar; no obstante, el grupo acabó instalándose en Peña Plaz. En esta época, se inicia una larga serie de conflictos derivados del mecanismo legal para obtener la propiedad de las explotaciones selváticas. De todos ellos, el más recordado y el que tendrá consecuencias más graves será el enfrentamiento entre varios miembros de la comunidad y Balarin S.A., una empresa maderera. El problema, que se prolongará por más de una década<sup>22</sup>, merecerá cierto seguimiento por parte de la prensa<sup>23</sup> y traerá asociado un acontecimiento totalmente excepcional en la historia de la congregación: la única colisión conocida con las autoridades estatales, un hecho que arrojará el trágico balance de dos hermanos muertos y varios heridos<sup>24</sup>.

## Instalación en Lima

Es precisamente una cuestión relacionada con los reconocimientos legales de las tierras ocupadas lo que lleva a Ataucusi a Lima a principios de 1963. Es tal vez en esta visita a la capital cuando Ezequiel entró en contacto con un grupo cuya influencia en su evolución doctrinal será determinante: la Asociación Israelita Evangélica del Nuevo Pacto (AIENP)<sup>25</sup>. Hacia la década de 1940, había llegado

---

<sup>22</sup> Desde 1962 a 1972.

<sup>23</sup> «Investigan actividades de tres “profetas” detenidos», en *El Comercio*, Lima, 21 de febrero de 1969; «“Profeta” avivato vendió hasta “los cerros” en selva», en *Última Hora*, Lima, 11 de abril de 1968; «Encarcelan en Huancayo a 29 miembros de una secta religiosa israelita», en *Correo de Lima*, Lima, 19 de junio de 1970; «“Somos inocentes”, claman 31 campesinos. Suplican ser juzgados: solo los colonos de Peñaplas. Sus hijos abandonados en la selva. Pérez Godoy les dio las tierras», en *La Voz de Huancayo*, Huancayo, 19 de julio de 1970; «Zona de policía juzgará a 31 colonos», en *Correo-Huancayo*, Huancayo, 19 de julio de 1970.

<sup>24</sup> «Encarcelan en Huancayo a 29 miembros de una secta religiosa israelita», en *Correo de Lima*, Lima, 19 de junio de 1970.

<sup>25</sup> Scott sitúa este encuentro en el año 1959.

a manos de un adventista trujillano, Alfredo Loje, diversa documentación procedente de la iglesia cabañista chilena. Los cabañistas, un grupo desgajado del adventismo<sup>26</sup>, constituyen una más de las decenas de brotes que el angloisraelismo ha producido en Hispanoamérica<sup>27</sup>. Su rasgo más sobresaliente y pintoresco es el mantenimiento de algunas de las fiestas veterotestamentarias, dando una de ellas —la de Cabañas— nombre al movimiento. Loje, un hombre de extraordinario interés por la literatura religiosa, movido por estas influencias, promovió la constitución de una nueva iglesia peruana, la referida Asociación Israelita Evangélica del Nuevo Pacto<sup>28</sup>. El pequeño grupo va a seguir en gran medida los planteamientos tanto de sus hermanos chilenos como de otras comunidades próximas que, bajo la denominación de Iglesia Universal de Dios (Worldwide Church of God), se encuentra bastante extendida por todas las Américas<sup>29</sup>. Sintéticamente, la AIENP, partiendo de la expectativa mesiánica del adventismo, retoma esta esperanza introduciendo nuevas interpretaciones milenaristas que sirven para contener la larga marcha hacia la espiritualización que las doctrinas de Miller habían iniciado desde la «gran decepción» de 1844<sup>30</sup>. Como principal novedad, las iglesias cabañistas y sus hermanas recuperan las solemnidades celebradas por los israelitas del Antiguo Testamento y algún que otro elemento de la religión judía. En el caso del grupo peruano —y aceptando como válido el testimonio de Sergio Guerrero—, frente a la opción generalmente seguida por las comunidades hispanoamericanas de la Worldwide Church of God de una vinculación espiritual con el pueblo israelita, Loje se habría situado más próximo a los planteamientos radicales del angloisraelismo británico, anunciando la certeza de su filiación real y sanguínea con el pueblo de Israel (Anónimo, 1969).

En cuanto a la forma en la que Ataucusi supo de la existencia de la comunidad de Loje, se ha apuntado la posibilidad de que una hermana del grupo del trujillano le hubiese puesto al corriente (ver testimonio de Georgina Loje, del año 2002); aunque, habida cuenta de la amplia difusión que tuvieron las peculiares

<sup>26</sup> En realidad se agrupan bajo esta denominación dos grupos distintos: la Iglesia Sionista y la Iglesia Israelita Evangélica del Nuevo Pacto (Scott, 1990, p. 25).

<sup>27</sup> Corriente asociada históricamente a la obra de Richard Brothers (1754-1824), quien a lo largo de varios trabajos argumentó que: «las diez tribus perdidas de Israel» —aquellas que formaban el reino de Israel— constituye la cuna de la «raza» anglosajona. Con las lógicas matizaciones; esta doctrina fue recogida por varias agrupaciones, generalmente vinculadas a movimientos procedentes del millerismo.

<sup>28</sup> Reconocida legalmente con este nombre el 12 de abril de 1957 en Registros Públicos de Lima.

<sup>29</sup> Incluyendo en los EE. UU. y Canadá bajo el empuje de Herbert W. Armstrong.

<sup>30</sup> William Miller había anunciado que el retorno de Cristo a la Tierra tendría que producirse el 22 de marzo de 1843. El fallo en el pronóstico trajo una nueva fecha: el 23 de octubre de 1844. La nueva decepción hubiese arrastrado la desaparición del grupo de seguidores de Miller de no haber surgido una líder de la fuerza de Ellen White, quien aglutinó a gran parte de los milleristas para constituir la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

prácticas culturales de los «israelitas de Loje»<sup>31</sup>, Ezequiel dispuso de muy diversos canales para conocer de su existencia. Fuese como fuese, Ataucusi apareció en la casa de la familia Loje en torno a 1963. Venía acompañado de dos hermanos más. Durante tres meses, convivió con Alfredo Loje, con el que habló largamente sobre temas religiosos. Desde el principio, algunos de los planteamientos de Ataucusi fueron un tanto chocantes para el entorno de Loje, para el que Ezequiel resultaba demasiado radical en algunos aspectos. Tanto el voto nazareo —que la comunidad de la AIENP aceptaba solo como forma extraordinaria de sacrificio<sup>32</sup>—, como la cuestión de las túnicas que Ataucusi y sus seguidores empleaban con cierta frecuencia<sup>33</sup>, eran prácticas demasiado pintorescas aunque no tanto como la idea que Ezequiel manifestó de reunir a los doce apóstoles para empezar la predicación (ver testimonio de Georgina Loje, del año 2002)<sup>34</sup>.

Luego de un tiempo, donde es de imaginar ya debieron surgir algunos puntos de desacuerdo, el desencadenante resultó ser un tema vinculado al tabú alimenticio. Mientras Alfredo se negaba taxativamente al consumo de los animales impuros, el arequipeño se mostraba más tolerante en este sentido, en particular en el caso del chanco. La separación no fue violenta, pero sus respectivos caminos no volverían a cruzarse<sup>35</sup>. Aunque Ezequiel hizo un particular esfuerzo por minimizar la influencia de la AIENP o de otras iglesias cabañistas de Hispanoamérica, resulta evidente que, en algunos aspectos, la congregación de Ataucusi guarda un enorme parecido formal con otras iglesias israelitas, como la mexicana<sup>36</sup>. Ir más allá de estas analogías visuales resulta aún arriesgado, pero sin duda el estudio de las cuestiones doctrinales, tanto de la Iglesia de Dios como de los escritos difundidos por la Worlwide Church of God, nos ofrecerá, a través de la comparación, una herramienta para destacar los elementos más idiosincrásicos de la AEMINPU y la aportación que Ezequiel Ataucusi incorporaría a las creencias de su congregación. Un ejemplo puntual sería la doctrina trinitaria; pese a que nos topamos de nuevo con la falta de canonización del credo israelita, se puede afirmar que existe una clara aceptación del misterio de la Trinidad en la congregación, algo que contrasta con la concepción unitaria de la Worlwide Church of God. La doctrina del Espíritu Santo, definido como el «poder divino»

<sup>31</sup> La prensa nacional e internacional hizo eco de esta noticia, como lo prueba el siguiente titular: «Original campamento de “Retiro” instalan Judíos en Vía de Ancón» (*La Prensa*, Lima, 26 de setiembre de 1961).

<sup>32</sup> Actualmente, la AIENP lo acepta como una forma extraña y puntual de consagración a Dios que siempre debe ir acompañada de otros elementos.

<sup>33</sup> Georgina Loje recuerda que en el periodo de tres meses de convivencia con los recién llegados, llegó a confeccionar dos o tres túnicas, al margen de las que ya traían consigo.

<sup>34</sup> Este último dato, al que también hace referencia Scott (1990, p. 22), nos permite otorgar un considerable grado de confianza al testimonio de la familia Loje.

<sup>35</sup> Aunque según parece hubo varios intentos por parte de Alfredo Loje por visitar a Ataucusi.

<sup>36</sup> Cuya estructura de los templos y escudo son prácticamente idénticos.

en las Iglesias de Dios, resulta mucho más importante en la AEMINPU, fruto, tal vez, de los contactos pentecostalistas de Ezequiel.

Volviendo a este punto, el del contacto con el pentecostalismo, quedó dicho más arriba cómo Ataucusi, durante los años que siguieron a su salida de la Iglesia adventista, tuvo una aproximación a alguna denominación pentecostal en cuyo seno llegó a bautizarse. Más adelante, ya en Lima, continuarán estos contactos y, tal como también hemos mencionado, el primer templo israelita en la capital será una antigua iglesia pentecostal abandonada por sus propios ministros. Pese a que el propio Ataucusi negó alguna vez estas circunstancias (Ulfe, 1994), son muchos los aspectos culturales de la congregación que apuntan en este sentido. Prescindiendo de las consideraciones históricas que suelen situar el origen del pentecostalismo en la reforma de los hermanos Wesley, en razón al carácter pietista del metodismo<sup>37</sup>, bajo la denominación pentecostal se agrupan aquellas congregaciones caracterizadas —además de por el mencionado pietismo— por un culto emocional, una intensa acción proselitista, un marcado rigorismo ético y un —muchas veces malinterpretado desde fuera— compromiso social (Muñoz, 1989, p. 148 y ss). Ateniéndonos a estos datos, encontramos que la congregación de Ataucusi podría sin mucho problema ser clasificada en el rubro —de alcance exclusivamente antropológico— de las iglesias pentecostales<sup>38</sup>.

Los años 60 pueden ser considerados como el momento en el que Ataucusi comenzará a obtener cierta notoriedad social. En 1968, fecha que tradicionalmente la AEMINPU establece como año de la fundación, ya existen algunos templos funcionando en Lima. En uno de ellos, el situado en el jirón. Cahuide, Ataucusi llevará a cabo la compilación de la Ley Real: los diez mandamientos que le fueron entregados en el arrebatamiento y que acabarán convirtiéndose hasta la actualidad en uno de los símbolos más constantes de la congregación<sup>39</sup>.

También es este el momento en que se produzcan algunas de las acusaciones que le acompañará hasta su fallecimiento. Apenas llegado a Lima, algunos de los cooperativistas de la selva pondrán en duda la correcta cumplimentación de la tarea administrativa que le había sido encomendada. Le seguirán, poco después,

<sup>37</sup> Por razones idénticas podíamos con más justicia fijar el origen heterodoxo del pentecostalismo en el montanismo frigio.

<sup>38</sup> Aunque, en caso de tener que optar entre el carácter pentecostalista o escatológico para clasificar el grupo, el segundo sería más oportuno, tal como ya señaló Marzal (1988, p. 276).

<sup>39</sup> No solo figura en el escudo del grupo, sino que preside todo acto religioso o no que protagonice la congregación. La llamada Ley Real consta de un enunciado de los diez mandamientos más una recopilación de concordancias de cada uno de los mismos. Curiosamente, la compilación altera sustancialmente el decálogo más popular entre las iglesias cristianas. A partir de la ordenación enunciada por San Agustín (de Éxodo 20: 1-17 y Deuteronomio 5: 6-22), el segundo mandamiento es sustituido por Mateo 22: 39. A partir de ahí todos corren un puesto para acabar fusionando el séptimo y el octavo en este último.

unos misteriosos episodios ocurridos en Junín, nunca suficientemente aclarados y que obligarán a Ezequiel a comparecer ante las autoridades bien como encausado, bien para denunciar atropellos. Sin embargo, todos estos acontecimientos serán opacados por la notoriedad y permanencia de las nuevas acusaciones que sufrirá en Lima. Dionisia Ospino, su conviviente y madre de sus siete hijos, descontenta por la actitud que el desempeño religioso y colonizador supone para Ezequiel y presumiblemente azuzada por otras personas, presentará una demanda por abandono de domicilio. A esta se unen otras. Las denuncias pueden ser agrupadas en dos grandes rubros: ventas fraudulentas de tierras y abusos sexuales a menores de edad. Ezequiel y varios de sus seguidores se convertirán, desde entonces, en blanco habitual de la prensa popular peruana<sup>40</sup>.

Esta primera marejada de inculpaciones de los años sesenta servirá para llevar a prisión a algunos de los primeros hermanos, mientras que el propio Ezequiel tendrá que permanecer prófugo por un espacio indeterminado de tiempo, pero que él mismo fija (Ataucusi, 1994-2000, p. 042b) en torno a los ocho años<sup>41</sup>. Finalmente, detenido y tras un periodo de prisión preventiva (Ataucusi, 1994-2000, p. 042b), acabará siendo absuelto de las imputaciones que se hicieron contra su persona.

## El gran salto

La primera mitad de los años setenta no es una etapa particularmente prolija en noticias. Se ha supuesto que es la década de la consolidación de los símbolos de la AEMINPU<sup>42</sup>. Serán también estos años testigos de un acontecimiento destacado y de gran trascendencia posterior. Dionisia Ospina, su primera mujer, después de las mencionadas desavenencias, fallecería en 1969. Habida cuenta del carácter de buena parte de las acusaciones que recaían sobre Ataucusi y previendo los problemas que su soltería podía ocasionarle, ciertas personas de su entorno le propusieron que contrajese matrimonio. Lo hará en 1970 con Silveria Molina. De esta unión nacerá —en 1971— Ezequiel Jonás Ataucusi Molina<sup>43</sup>, sucesor en la jefatura de la congregación al fallecimiento del fundador. Según el propio testimonio de Ezequiel,

---

<sup>40</sup> De los 336 artículos de prensa que hemos podido recoger y que retratan parcialmente la historia de la congregación, son muy pocos los que no hacen referencia a dichas acusaciones. Se diría que la prensa descubrió el fabuloso filón periodístico que ofrecía la combinación entre estafas, abusos sexuales y religión; a lo que se le sumó, desde 1980, la entrada en política y las acusaciones de homicidios.

<sup>41</sup> Desde 1964, lo que —por cierto— obligaría a aceptar que en el momento en que la congregación fue reconocida legalmente Ataucusi era un prófugo de la justicia.

<sup>42</sup> A decir de Scott, muy influidos por el ambiente nacionalista que vivía el Perú contemporáneo.

<sup>43</sup> El matrimonio de Ataucusi con Silvia (Silveria) Molina durará unos pocos años y, aunque nunca se produjo un divorcio formal, esta lo abandonó cuando el pequeño Jonás apenas contaba con unos pocos años, razón por la que el nuevo Misionero General de la congregación pasó los primeros años de su vida alejado de la misma.

a los pocos días del nacimiento del niño le fue revelado que sería su sucesor, lo que motivó que añadiese a su nombre original —Jonás— el suyo propio. Sin embargo, el matrimonio se acabará rompiendo y Silveria, que creará una nueva familia, se llevará consigo al pequeño Jonás, quien vivirá apartado un tiempo de su padre<sup>44</sup>.

También en la década de los 70 se producirán las dos más importantes escisiones del grupo de Ataucusi. En 1969, Manuel Canales (el hermano Jacob), tras una disputa con Ezequiel acerca del derecho a firmar (entrevista a hermanos Mozo, Burgos y Mayta del 20 de julio del 2002) el decálogo o Ley Real<sup>45</sup>, abandonará la congregación en forma aparentemente amistosa<sup>46</sup>. Le seguirán algunos de los hermanos constituyendo un nuevo movimiento: Israel Espiritual o jacobitas<sup>47</sup>. Durante algún tiempo, existirán algunos contactos entre ambos grupos que, sin embargo, se verán definitivamente rotos a partir de 1972<sup>48</sup>.

La segunda fragmentación resultó más traumática. Su protagonista es Odilón Gamboa, quien ostentaba un cargo directivo en la congregación. Los datos de esta ruptura nos llegan en forma de denuncia contra Ataucusi por violación de Paulina Gamboa, hija de Odilón. La acusación, extensamente aireada por la prensa popular, fue, sin embargo, desestimada por los tribunales<sup>49</sup>. La sentencia emitida saca a la luz el enfrentamiento entre Ezequiel y el padre de la agraviada<sup>50</sup>. Consecuencia o causa de la imputación, la ruptura entre Ataucusi y Gamboa va a traducirse en la escisión de un nuevo grupo<sup>51</sup>.

---

<sup>44</sup> Luego de esta separación, Ataucusi todavía tendrá, al menos, dos hijos más.

<sup>45</sup> La concordancia bíblica sobre los diez mandamientos que Ataucusi habría recibido en el arrebatamiento y que preside todos los templos y centros de la congregación.

<sup>46</sup> Así al menos se extrae de una carta manuscrito del propio Manuel Canales presentando su renuncia como miembro de la AEMINPU; si bien no contamos con ninguna constancia de la autenticidad de dicho documento.

<sup>47</sup> No hemos podido establecer contacto con este grupo, si bien es patente que el número de seguidores y su proyección regional no ha sido, en absoluto, tan llamativa como la de la AEMINPU. Inicialmente, los propios israelitas estiman que un tercio de la congregación original —«los más débiles»— se habrían incorporado al grupo de Canales.

<sup>48</sup> Años después, a mediados de los 90, coincidiendo con la más virulenta campaña de denuncias contra la congregación de Ataucusi, el hijo de Manuel Canales, Pedro David Canales Baca, lo acusó del asesinato de su padre.

<sup>49</sup> Instrucción N.º 971-80 del Noveno Tribunal Correccional de Lima; Dictamen N.º 128/82-FSP (Lima, 20 de enero de 1982).

<sup>50</sup> «[las] fundadas presunciones de enemistad entre el padre de la agraviada y el encausado con fecha anterior a la presentación de la denuncia [...] lo que constituye una mayor motivación para dudar de la seriedad e idoneidad de tal declaración [...]» (Instrucción N.º 971-81 contra Ezequiel Ataucusi Gamonal del 3er Juzgado de Instrucción).

<sup>51</sup> Scott se hace eco del suceso y es él quien menciona el surgimiento de un nuevo grupo recogiendo varios nombres: «Congregación de Jehová, Pueblo de Israel y Los Nazarenos» (Scott, 1990, p. 49). Sin embargo, al menos la primera de las tres denominaciones es actualmente empleada por la AEMINPU en una página web.



Por supuesto, junto con estos acontecimientos, Ezequiel y sus seguidores mantendrán su interés por el proceso de colonización de la Montaña. Un afán que se verá favorecido por la política del gobierno militar<sup>52</sup>, que tal vez contempló con simpatía las ideas y símbolos nacionalistas que se irán configurando en la AEMINPU.

En contraste con esta intensa actividad, la evolución espiritual de Ataucusi parece ya ciertamente consolidada. En un sorprendente informe oficial realizado en 1972 para la Reforma Agraria, nos encontramos los elementos básicos del credo que incluyen una imagen bastante clara del excepcional rol espiritual de Ataucusi: «Ellos esperan la llegada de un Mesías, Cristo hijo del hombre que envíen a salvar a los que creen en Dios. Según sus creencias este Mesías ya ha nacido en el Perú, por lo tanto todos deben unirse en una tierra elegida para prepararse a su llegada. De allí que hayan buscado un lugar aparente donde congregarse en espera de este salvador [...]» (Scott, 1990, p. 45).

La ya mencionada denuncia de Odilón Gamboa<sup>53</sup> tuvo, paradójicamente, un efecto benéfico para la comunidad de Ataucusi. Genaro Linares Páucar, presidente de la congregación en aquel entonces, será uno de los que abandone a Ezequiel. En su lugar, será nombrado presidente Jeremías Ortiz, prácticamente un recién llegado al grupo. Su capacidad para la organización, así como el retorno del país a la democracia en la década de los 80, va a intensificar la vocación política del grupo. El proceso de roturación de la Montaña acabará conectando con un concepto geopolítico de larga tradición continental: el proyecto Fronteras Vivas. Mientras, las aspiraciones políticas moverán a fundar, en 1984, el Frente Independiente Agrícola<sup>54</sup>, que más adelante desembocará en el FREPAP<sup>55</sup>. A lo largo de la década de los 70, Ezequiel ya había comenzado a publicar en la prensa peruana una serie de artículos pagados en los que exponía sus puntos de vista políticos<sup>56</sup>; pero el proceso solo alcanzará su cénit cuando el propio Ataucusi se presente en tres ocasiones como candidato a la presidencia de la República<sup>57</sup>.

<sup>52</sup> A través de instituciones como SINAMOS promoverá el proceso roturador.

<sup>53</sup> Que, pese a haber sido resuelta negativamente en 1980 por los tribunales de justicia, ha continuado siendo aireada por la prensa.

<sup>54</sup> Reconocido oficialmente por el JNE el 2 de febrero de 1985 (Scott, 1990, p. 61).

<sup>55</sup> Aunque el propósito inicial no es otro que obtener algunos reconocimientos estatales para la AEMINPU (derecho a llevar cabellera, establecimiento del sábado como día feriado, etcétera), pronto los intereses desbordan estas metas iniciales y la congregación tratará de generar una relación clientelista con el APRA que llegó al poder en 1985. El fracaso en conseguir dicho objetivo acelerará la andadura independiente del FREPAP desde los últimos años del mandato de Alan García y, aunque existió un intento de acercamiento por parte de Vargas Llosa para lograr atraerse el volumen de votos de la congregación, la empresa no cuajará.

<sup>56</sup> En particular sobre la pena de muerte, en cuyo favor Ataucusi desarrollará una amplia campaña de prensa.

<sup>57</sup> Los resultados fueron: 73 974 (1990), 56 827 (1995) y 80 106 (2000).

Se diría que la entrada en política de la congregación proporcionó al grupo el único elemento que le faltaba para reunir todos los alicientes que hacían de Ataucusi y su movimiento un apetecible objeto del morbo periodístico. Las denuncias en prensa se recrudecen a partir de ese momento y los diarios populares —los únicos que hasta aquel entonces se habían interesado en los israelitas— se van a ver pronto acompañados por los rotativos de clase media que publicarán monográficos sobre actividades reales o ficticias de la comunidad y de su líder.

Desde otra perspectiva, es en estos años cuando el interés de las ciencias sociales hacia el movimiento se ha hecho más patente. Tras los primeros estudios, realizados desde las facultades de teología de iglesias reformadas peruanas (Cañahua Guevara, 1983; Páucar Ambrosio, 1985), el acercamiento del escocés Kenneth Scott, situado a caballo entre el interés misional y el análisis sociológico, producirá los primeros libros monográficos sobre la congregación. Le seguirán en el tiempo Espinoza, Curatola, Granados y Masson; si bien por la continuada atención y por el volumen de la producción es preciso destacar los respectivos trabajos de Marzal y Ossio. Estos investigadores, más los que posteriormente se han unido al interés por Ataucusi y su comunidad<sup>58</sup> y los que han abordado la cuestión embebida en horizontes de investigación más amplios<sup>59</sup>, se han aproximado al fenómeno y a la figura de Ataucusi desde disciplinas y planteamientos metodológicos muy variados, lo que nos permite contar en la actualidad con un amplio espectro de puntos de vista.

Los años 80 se pueden considerar como el momento de eclosión del movimiento y el triunfo personal de Ataucusi. El número de seguidores alcanza cifras atronadoras<sup>60</sup>, las empresas cooperativas formadas por la congregación exceden de varias decenas. No se trata ya solo de sociedades agrícolas selváticas orientadas a una economía que va poco más allá del autoabastecimiento: la actividad económica alcanza otros sectores y, además de las ferias populares —que lograrán cierto predicamento entre los estratos más humildes de la Lima metropolitana—, la AEMINPU contará incluso con diversas empresas de transportes<sup>61</sup>.

Se trata, como hace notar Scott, de una serie de logros de considerable magnitud para una persona que, como Ezequiel, apenas había cumplimentado los primeros años de su escolaridad.

El éxito económico y la proximidad al poder político van a servir para avivar los celos y envidias en el seno de la congregación. Fruto de esta situación, en agosto 1995 se producirá el escándalo más importante de la historia de la misma. Juan Ataucusi,

<sup>58</sup> Phoebe Condos, José Luis Pérez Guadalupe, María Eugenia Ulfe Young, Luz Marina Bedoya Hidrovo, Lucía Eugenia Meneses Lucumi y Arturo E. de la Torre López.

<sup>59</sup> Fernando Fuenzalida Vollmar y José Luis Pérez Guadalupe.

<sup>60</sup> Scott habla de sesenta mil (1990, p. 78).

<sup>61</sup> La mayor parte de estas compañías no podrán sobrevivir al ajuste económico que sufrió el país en 1991.

hijo de Ezequiel, denunció por homicidio al congresista Javier Noriega. Noriega, que se había convertido en uno de los personajes más influyentes de la AEMINPU y era parlamentario del FREPAP, argumentó en su defensa que el ataque pretendía exclusivamente su eliminación<sup>62</sup>. En cualquier caso y a raíz de esta primera acusación, pronto llovieron otras en las que se culpaba a la congregación de asesinatos masivos en las colonias selváticas, así como otra serie de actos verdaderamente disparatados. Las autoridades iniciaron las oportunas investigaciones que llevaron a Ataucusi a ser interrogado por la DINCOTE. No era, desde luego, la primera vez que Ezequiel se encontraba en una situación semejante, pero nunca bajo cargos —homicidio y cooperación con grupos terroristas— tan serios. Ello, unido a la avanzada edad de Ataucusi, supuso un grave quebranto de su salud y ánimo. Tuvo que recibir a sus interrogadores en una habitación de la clínica Maison de Santé y anunció públicamente el abandono de la vida política y de la actividad social<sup>63</sup>.

Una comisión del Congreso investigó las acusaciones y finalmente el asunto acabó olvidándose. La experiencia adquirida en el trato con la prensa no caerá en saco roto y la congregación realizará un intenso y oneroso esfuerzo para lograr la publicación de artículos favorables en diversos medios<sup>64</sup>.

### La desaparición del profeta

Al comenzar la turbulenta campaña de 2000<sup>65</sup>, se hizo público que Ataucusi no participaría activamente en la misma<sup>66</sup>. Aunque se dieron algunas explicaciones estratégicas, la realidad es que su estado no permitía esfuerzos exagerados; se trataba después de todo de un hombre de más de ochenta años gravemente aquejado por problemas de salud. El propio Ataucusi, convencido de que estas noticias podían alarmar a sus electores, no consintió en recibir la adecuada atención médica antes del día de las votaciones. Sin embargo, en forma discreta, comenzará a hacer los preparativos para su sucesión y encarga al tesorero de la congregación que prepare los documentos legales oportunos. Pasada la fecha del referéndum, fue ingresado en la clínica Adventista de Miraflores. Dos meses después, el miércoles 21 de junio —coincidiendo con la celebración de la solemnidad de Pentecostés en Cieneguilla—,

<sup>62</sup> En la prensa se señaló que los celos habían empujado a Juan, situado en una modesta posición 85 en la lista para el congreso, a actuar de esa forma.

<sup>63</sup> «Ezequiel anuncia su retiro de la política», en *Expreso*, Lima, 28 de agosto de 1995.

<sup>64</sup> Resulta llamativa en este sentido la serie de artículos de carácter laudatorio que se publican en *El Popular*, periódico que pertenece a la misma empresa de *La República*, el diario que de forma más constante ha publicado acusaciones contra la congregación. Algo semejante sucedió cuando este último rotativo se convirtió en el principal receptor de los anuncios pagados de la AEMINPU, aun durante las intensas campañas contrarias en las que se comprometió el medio.

<sup>65</sup> La congregación se abstuvo de intervenir en la campaña municipal de 1998.

<sup>66</sup> «Ezequiel Ataucusi se mantendrá en silencio», *La República*, Lima, 13 de enero de 2000.

Ezequiel Ataucusi fallecerá por paro cardíaco, consecuencia final de complicaciones renales y del problema de diabetes que arrastraba desde hacía tiempo.

Como no podía ser de otra manera, un halo de penumbra habrá de ocultar los sucesos que siguieron a la desaparición física del líder religioso. Dos días después de su fallecimiento, la prensa que se ocupó del episodio apuntaba la existencia de problemas para aceptar la sucesión de Jonás; los hermanos mayores declaran no reconocer su designación y se recrudecen algunos de los enfrentamientos internos que ya se habían dado en vida de Ezequiel. Paralelamente, las medidas de seguridad en la Iglesia Matriz de Cieneguilla se incrementaron, aunque ya desde los días previos al fallecimiento se había incluso limitado el acceso de algunos hermanos a la persona misma de Ataucusi. Pasados unos días, Jonás Ezequiel acaba siendo aceptado por todas las partes. Los medios de comunicación, atentos al conflicto, pasaron por alto la angustia existencial que, con la desaparición de Ataucusi, se apoderó de decenas de miles de peruanos, que aguardaban el cumplimiento de las expectativas escatológicas en torno a su persona y que van a entrar en un estado de frustración y confusión que se prolongará durante algún tiempo.

Desde ese momento, la congregación de Ataucusi ha comenzado el intrincado camino para espiritualizar la esperanza milenarista y transformarse en una iglesia histórica. En los próximos años, el éxito o fracaso en lograr la canonización doctrinal y el tránsito desde una autoridad carismática a una de corte administrativoeclesial será lo que determine la consecución de la supervivencia como grupo de los israelitas, ofreciéndonos, durante el lapso que dure este peregrinaje, un apasionante modelo para la ciencia de las religiones.

## Fuentes

- s.f. Relato del hermano Andrés Cáceres Pérez.
- 1991 Entrevista con Ezequiel Ataucusi Gamonal. Cieneguilla (16 de noviembre).
- 1992 Estudio: Del Maestro en el Templo. Ezequiel Ataucusi Gamonal. Cieneguilla. AGINP ve019a.
- 1994-2000 Notas autobiográficas de Ezequiel Ataucusi Gamonal. Lima.
- 2002 Testimonio de Georgina Loje. Lima.
- 2002 Entrevista a hermanos Mozo, Burgos & Mayta. Cieneguilla (20 de julio).

## Bibliografía

- Anónimo (1969). Loje Was the President of a Small Group of Peruvian Who Literally Believed Themselves to be of Full-blood Jewish Descent. En *History of Church of God in Chile*. Recuperado en mayo de 2002 de [www.giveshare.org/churchhistory/cogchile.html](http://www.giveshare.org/churchhistory/cogchile.html).
- Ataucusi, E. (1992). «Estudio: del maestro en el Templo. Ezequiel Ataucusi Gamonal». Lima. AGINP ve019a.
- Ataucusi, E. (1994-2000). «Notas autobiográficas de Ezequiel Ataucusi Gamonal». Lima.
- Cañahua Guevara, Leónidas (1983). «Un análisis de los Israelitas del Nuevo Pacto». Tesis de graduación. Instituto Bíblico Nacional-Asambleas de Dios, Lima.
- Curatola, Marco (1997). Mesías Andinos. Pestes, apocalipsis y el regreso de Cristo en el «Perú privilegiado». *América Indígena* 57(3-4), 165-182.
- Espinosa-Benavides Yoyo, Enrique (1984). La secta Israel del Nuevo Pacto Universal: un movimiento mesiánico peruano. *Revista Teológica Limense* 18(1), 47-81.
- Granados, Manuel Jesús (1986). Los israelitas. *Socialismo y Participación* 41, 95-105.
- James, William (1999). *Las variedades de la experiencia religiosa*. Barcelona: Península
- Marzal, Manuel (1973). Origen del Mundo y del Hombre en Urcos. En Juan M. Ossio, *Ideología mesiánica en el Mundo Andino* (pp. 253-274). Lima: Edición de Ignacio Prado Pastor.
- Marzal, Manuel (1988a). *Los caminos religiosos de los inmigrantes de la gran Lima*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Marzal, Manuel (1988b). Los caminos religiosos de los inmigrantes en Lima. El caso de una parroquia del Agustino. *América Indígena* 48(1), 139-164.
- Marzal, Manuel (1998). Conversión y resistencia de católicos populares del Perú a los nuevos movimientos religiosos. En Elio Masferrer Kan (coord.), *Sectas o iglesias. Viejas y nuevas religiones* (pp. 101-121). México: Plaza y Valdés.
- Marzal, Manuel (2002). *Tierra Encantada. Tratado de antropología religiosa de América Latina*. Madrid: Trotta.
- Muñoz, Humberto (1989). Los pentecostales. En VV. AA., *Sectas en América Latina*. Lima: Paulinas-CELAM.
- Ossio, Juan M. (1990). La Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal y su composición social. En Marcel Valcárcel (ed.), *Pobreza urbana*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

- Páucar Ambrosio, Abel B. (1985). «Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal». Tesis para obtener el grado de Magíster en Teología. Seminario Adventista Latinoamericano, Lima.
- Prat, Joan (1997). *El estigma del extraño. Un ensayo antropológico sobre sectas religiosas*. Barcelona: Ariel.
- Rocha, Diego Andrés (1681). *Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, México, Santa Fe y Chile*. Recuperado de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Torre López, Arturo E. de la (2005). La más rigurosa secta de nuestra religión. La Asociación Evangélica de la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal. En Manuel M. Marzal (ed.), *Religiones andinas* (pp. 311-358). Madrid: Trotta.
- Scott Eunson, Kenneth David (1990). *Los israelitas del Nuevo Pacto Universal. Una historia*. Lima: Pusel.
- Ulfe Young, María Eugenia (1994). «Expresiones alternativas de la religiosidad peruana». Tesis para obtener el grado de Licenciado. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.